



Año 1 No. 1
Bucaramanga
Marzo de 1999

RELEYENDO A GIRONELLA

Sergio Emilio Cadena Antolínez

JOSÉ MARÍA GIRONELLA, es un escritor catalán activo y floreciente desde el régimen de Franco. De hecho, su obra central, *Un Millón de Muertos*, ambientada en la guerra civil, vio luz en 1960, época tan cercana todavía al conflicto, que dedicarse a las letras en España era prácticamente imposible si no se simpatizaba, al menos un poco, con la dictadura.

Esto no quiere decir, desde luego, que su obra carezca de méritos literarios y que no se encuentren en ella recreadas ciertas placenteras anécdotas.

La novela, dedicada a todos los muertos de la guerra civil, transcurre en la Gerona republicana y deja, o por lo menos ha dejado en quien firma estas líneas, como una sucesión de visiones que mueven a la reflexión política, a pesar de su carácter indeclinablemente literario:

La primera visión, la de una república democrática, con un amplio apoyo popular e internacional, capaz de resistir una revuelta de militares profesionales, quedando dueña de las principales ciudades, de las regiones agrícolas más ricas y de las zonas mineras más importantes, logrando convocar, para su defensa, una movilización de masas, comparable únicamente con las de las grandes revoluciones, francesa y bolchevique, que domina inicialmente a los rebeldes, los cuales sólo consiguen hacerse fuertes en una pequeña parte del territorio, perdiendo, desde el primer día, a su jefe, el general Sanjurjo. La segunda visión, la de la respuesta de los radicales, que pone rápidamente a la República a practicar una especial versión de socialismo: se "reparte" la tierra, pero llega la hambruna, se "colectiviza" la producción minera e industrial, pero la producción decae, se "garantiza" la libertad personal de los ciudadanos, mientras se fusila a todo el que se sospecha contrario al régimen, y se convoca, de todas partes del mundo, a los hombres de izquierda, buenos soñadores pero malos militares, para defenderla.

La tercera visión, la del desgaste, la derrota que, poco a poco, se instala en el bando republicano, que a golpe de repeler ataques y lanzar ofensivas fallidas, va perdiendo terreno, mientras los otros, los fascistas, conquistan, palmo a palmo, las zonas económicamente importantes, pretendiendo ser los defensores de la cultura occidental, cualquier cosa que eso signifique.

Y la cuarta visión, la de la derrota final, que empieza con la caída de Barcelona y la huida de medio millón de republicanos, conocedores de su condición de fusilables:

"Daba pena huir. Daba pena abandonar aquellas calles en las cuales uno había exigido la documentación y deseado un reparto más equitativo de las riquezas del mundo. ¡Cómo dolían los edificios! ¡Cómo dolían Montjuich, y la Telefónica, y el Campo de las Corts! Los comisarios políticos querían arrastrar a toda la población asegurando que los falangistas castraban a los hombres. Los fugitivos elegían el ajuar. '¡No te olvides del taburete plegable!' Todo cuanto sirviera para descansar tenía preferencia, así como las joyas y las medicinas. La despedida de los espejos era morosa, peculiar. '¡Hay que ver como he envejecido! ¡Maldita sea!' Había personas que con cualquier pretexto simulaban quedarse y que luego se suicidaban. 'Id vosotros, yo me quedo.' Y zas... 'Me reuniré con vosotros más tarde', y a poco sonaba el pistoletazo. Hubo quien decidió desaparecer de modo homogéneo, con toda la familia y hubo quien abrió las espitas del gas mientras el gramófono tocaba el Himno de Riego..."

¿Qué pasó?

No es nuestra intención hacer aquí un análisis de la derrota de aquellos que, hace ya 60 años, querían, como alguna vez muchos de nosotros, un reparto más equitativo de las riquezas del mundo. Pero sí podemos, desde el punto de vista de la Ciencia Política, llamar la atención sobre dos aspectos, a nuestro juicio importantes, de la historia de la República Española:

1.- La falta de discurso coherente y comprensible que permitiese llevar a la mayoría de la población el mensaje de sus dirigentes y consiguiese la adhesión al proyecto político que ellos proponían. (Hoy podríamos hablar de "falencias de marketing político"). En efecto, si bien en las ciudades había una gran militancia de izquierda, que pretendía impulsar los procesos revolucionarios, en la medida en que se salía de ellas, los propósitos gubernamentales eran desconocidos y por tanto, incomprendidos.

El propio Gironella cuenta como, bien adentro del segundo año de guerra, dos desertores de la zona republicana son incorporados al ejército de Franco y enviados a un batallón de esquiadores en un lugar apartado de los Pirineos, donde sus compañeros de cuartel, oriundos de la región y aún los pobladores, desconocían por completo las razones de la guerra. Veamos un aparte de la conversación:

"-¿Y los comunistas? Tíos listos, supongo... Cuenta algo de los comunistas, a ver.

"-Predicen la igualdad- terció Ignacio.

"-¿Con qué se come eso?

"-Fácil -explicó Ignacio-. El amo, el Estado; todo lo demás igual. -Ignacio añadió-: Los mismos derechos un veterinario que un caballo.

"- ¡La fetén -repitió Royo.

"También el comunismo pareció gustar a éste y a Guillén. Sin embargo, viendo que el cabo Chiquilín se ponía serio, se callaron. Dámaso Pascual intervino:

"-¿Y cómo pueden ser iguales un veterinario y un caballo?

"-Ahí les duele -apuntó Ignacio.

"Moncho añadió:

"-A la igualdad en las fábricas la llaman colectivización.

"-¿Qué has dicho?

"-Colectivización.

"Inesperadamente, Royo se levantó y golpeándose el tórax con las manos planas, soltó:

"-De modo que colectivización... Miró hacia las montañas, tras las cuales estaban las trincheras enemigas-. ¡Ya me entran ganas a mí de armar un poco de tomate! -Se restregó las manos y luego sopló en ellas-. ¡Que estamos aquí muy quietecitos y a mí me gustaría discutir cuanto antes eso de la colectivización!" .

Para que, después de todo lo que había sucedido en España, a esas alturas de la guerra, pudiese darse una conversación tal, fue necesario que las organizaciones de izquierda se quedasen cortas, muy cortas, en su labor proselitista. Y el ejército de Franco se nutrió de esta debilidad: sus soldados rasos eran, fundamentalmente marroquíes oriundos del protectorado y luego, campesinos de misa dominical y comunión, a quienes sí llegaba un mensaje coherente y comprensible: el de la Iglesia, que mantuvo siempre abiertos sus canales de comunicación con la base de la población y desde un principio, tomó partido por los militares rebeldes.

Mientras la República entablaba con las masas que ella misma llamaba en su defensa un diálogo de sordos, limitado a veces a la consigna en la boca y el puño en alto y otras veces a un discurso unilateral y elaborado, sus rivales llegaban a esas mismas masas con el mensaje que siempre las había movilizado, el de la grandeza de España y la salvación eterna, presentando a los revolucionarios como locos sanguinarios que buscaban la imposible igualdad entre el veterinario y el caballo. (Cosas del manejo de la imagen).

2.- La alianza múltiple que gobernaba la República. O mejor dicho, los problemas de funcionamiento de tal alianza.

El rompimiento de la dinámica democrática de funcionamiento de la República, que implicaba el esquema gobierno-oposición, demostró una vez más la paradoja de que el primer deber de un partido de gobierno es cuidar de la supervivencia de sus rivales en la oposición. Dentro de la experiencia republicana que observamos no se trató de la eliminación

de la oposición sino de su desaparición por sustracción de materia: se fue con Franco y dejó sola a la alianza gobernante.

Obviamente, para quienes se quedaron, no se trataba de asumir la posibilidad de romper la alianza, menos si se enfrentaba un enemigo militar cada vez más poderoso. Pero, políticamente, era necesario replantear los acuerdos, acomodarlos a la nueva situación, pensarlos para ganar la guerra.

Aliarse no es hacer una mezcolanza. Y en eso se convirtió el Frente Popular durante la guerra.

Los anarquistas, enemigos naturales de la disciplina, sólo muy tarde y de la peor manera, se dieron cuenta de su necesidad. Buenaventura Durruti, héroe de la F.A.I., quien habría de morir en la defensa de Madrid, decidió, durante un ataque sobre Zaragoza, prevenir la proliferación de enfermedades venéreas fusilando, de entre sus gentes, a las mujeres contaminadas y a los homosexuales, contaminados o no, comportamiento tan evidentemente contrario a los ideales de libertad y respeto por la persona humana que provocó no pocas deserciones en su propia tropa, la cual, finalmente, jamás tomó la capital aragonesa. Los comunistas, ellos sí disciplinados nacional e internacionalmente, pronto empezaron a preocuparse más por eliminar a los trotskistas - o a quienes, según su parecer, lo eran- y resolver su viejo conflicto con los socialistas.

El Frente Popular subsistía y formalmente gobernaba. Pero, partiendo de un análisis sentimental pero no científico, las organizaciones que lo conformaban, se mostraban seguras de ganar la guerra y seguían lo que podría llamarse una "política suelta". No había solidaridad política en las decisiones. (Al parecer, carecían de un buen asesor en manejo de conflictos, de modo que los problemas no se examinaban ni se resolvían conjuntamente).

Las organizaciones que apoyaron la República Española no conformaron, después del alzamiento de Franco, una alianza propiamente dicha. Su programa común, fuera de respaldar nominalmente a la República, era casi inexistente. Cada cual actuaba por su lado, tomando decisiones unilaterales, sin consultar a los aliados. Se discutía y se discutía sobre los acontecimientos, pero difícilmente se llegaba a decisiones comunes. Y, al otro lado de las trincheras, los "nacionales", con mando único, con estrategias definidas y falange unificada avanzaron hasta ganar la guerra y dirigir el país, dictatorialmente, durante 40 años, como es bien sabido. Análisis de quien se pretende politólogo, leyendo novela y sintiéndose necesario.